

El desarrollo: historia de una creencia occidental

Gilbert Rist

INTRODUCCIÓN

La fuerza del discurso del "desarrollo" procede de su capacidad de seducción. En todos los sentidos del término: atraer, agradar, fascinar, hacer ilusión, y también, engañar, alejar de la verdad, embaucar. ¿Cómo no rendirse a la idea de que pudiera existir un método para eliminar la pobreza que aparece por todas partes? ¿Cómo atreverse a pensar, al mismo tiempo, que el remedio pudiera agravar el mal que se quiere combatir? Ulises tuvo que taponar los oídos de sus compañeros y atarse al mástil de su barco para no ceder a los cantos de las sirenas... Éste es el precio inicial que hay que pagar para salir victorioso de la prueba que supone analizar con lucidez la historia del "desarrollo".

¿Por qué ha podido pensarse que era necesario, urgente incluso, llevarlo a la práctica -supuestamente, para favorecer la prosperidad tanto de los países del Norte como los del Sur- cuando durante siglos a nadie o a casi nadie se le había ocurrido aliviar, con medidas estructurales, la miseria de los otros, sobre todo la de quienes viven en otros continentes? ¿De dónde nace esta tarea colectiva, criticada continuamente por sus fracasos, pero cuya legitimidad nadie puede, al parecer, poner en cuestión? ¿Cómo no perderse en los múltiples debates que desde hace cinco décadas intentan aportar una solución a los problemas que plantean las carencias de la mayoría frente a la opulencia de los menos? ¿Cómo explicar este fenómeno que no solo moviliza las esperanzas de millones de personas, sino también importantes recursos financieros y que, pese a todo, parece alejarse, como el horizonte, cuando creemos acercarnos a él?

Éstas son algunas de las preguntas a las que este libro pretende responder. No para añadir una nueva teoría a las que se han presentado hasta ahora, sino para interrogarse sobre la evidencia que parece caracterizar a una idea destinada a lograr adhesiones unánimes y de la que se olvida, sin embargo, que es el resultado de una historia y una cultura particulares. La perspectiva es, por tanto, histórica o genética porque es necesario resituar en un largo periodo los sucesivos eslabones mediante los que la "comunidad internacional" ha acabado por otorgar al "desarrollo" el puesto central que ahora tiene. De ahí la necesidad de remontarse a los orígenes lejanos de una idea que se considera habitualmente moderna, con el pretexto de que las experiencias prácticas que de ella derivan vieron la luz a mediados del siglo XX.

De ahí también la importancia que se da a la continuidad del discurso a pesar de las controversias que lo han marcado y que han podido hacer creer que cada nueva aproximación correspondía a una concepción original, innovadora y diferente de todas las anteriores.

Esta perspectiva implica un punto de vista que conviene definir para que se disipen las ilusiones de objetivismo o de exhaustividad. Por lo que hace a esta última, no era el momento de discutir, una a una, todas las teorías que han alimentado la polémica sobre el

"desarrollo" desde la Segunda Guerra Mundial¹. Se trataría más bien de establecer los "textos fundamentales" que, en cada periodo, han intentado plantear una solución original para sacar a la luz la lógica que los anima. En cuanto a la objetividad, es sabido que no es más que un afán inútil en tanto nos neguemos a reconocer que el objeto es siempre una construcción de quien lo observa. A este respecto, el caso del "desarrollo" tiene valor de ejemplo. Las representaciones que se asocian con él y las prácticas que implica varían radicalmente según se adopte el punto de vista del "desarrollador", comprometido en hacer llegar la felicidad a los demás, o el del "desarrollado", obligado a modificar sus relaciones, sociales y con la naturaleza, para entrar en el mundo nuevo que se le promete. Sin hablar del tecnócrata encargado de redactar un texto en el que se manifiesta la originalidad de la institución que le ha contratado, ni la del investigador decidido a demostrar que los indicadores que él ha seleccionado son los únicos capaces de dar cuenta del fenómeno que estudia.

Afirmar de entrada que este libro se sitúa en una perspectiva crítica es la menos importante de las advertencias que deben hacerse al lector. Siempre que entendamos el término en su sentido kantiano de "libre y público examen" y no en la acepción habitual de "juicio desfavorable". Entre ambos, la diferencia es en efecto importante. Sin embargo, lo que importa en este caso es no ceder a las valoraciones establecidas, nacidas de las hipótesis del pensamiento común, que fuerzan a dar por hecho que el "desarrollo" existe, lo definen de una manera unívoca, le otorgan un valor positivo y lo consideran deseable e incluso necesario². Nada está, sin embargo, fijado de antemano. La definición del fenómeno "desarrollo" varía de acuerdo con el *a priori* implícito en el origen de la reflexión. Cabría decir otro tanto de una manera de pensar -menos habitual- que partiera del punto de vista opuesto, atribuyendo, por hipótesis, todos los males al "desarrollo". La desconfianza epistemológica aparece así, plenamente justificada en este caso. Hemos dirigido nuestro esfuerzo, en primer lugar, a conseguir el necesario distanciamiento respecto a las connotaciones asociadas al término "desarrollo", a los juicios de valor que de él se hacen, sobre todo porque el espectáculo de la miseria y el legítimo deseo de ponerle fin lo presentan como una panacea.

Por otra parte, estas cautelas de método no deberían desembocar en una neutralidad insulsa, ni en una indiferencia de principios. Por el contrario: obligándonos a no establecer juicios antes de haber analizado el problema, conservamos la libertad de tomar partido. El riesgo está en mantener hipótesis inconfesadas y no en la valoración que pueda hacerse tras haber demostrado (desmontado) el mecanismo del problema. El moralismo inicial -con el deseo de no desanimar las buenas voluntades o de mantener la esperanza de los más desesperados- es el que pone en marcha la autocensura y oscurece las palabras. Por el contrario, nada parece más legítimo a nuestros ojos que sacar a la luz lo que el discurso ha intentado ocultar y tomar posición ante sus consecuencias.

Queda por señalar que este libro se basa también en una serie de opciones. La opción de tomar distancia respecto al objeto de estudio, como hemos dicho, pero también la opción de analizar este objeto. La de afirmar, en primer lugar, que, lejos de limitarse a los países del Sur, el "desarrollo" incumbe a todos, incluyendo los países industrializados. ¿Cómo olvidar que fue en ellos donde surgió el fenómeno del "desarrollo"? ¿Cómo ignorar que ha sido en el Norte donde se ha extendido más (porque el Sur ha estado siempre

¹ Se puede recurrir a obras publicadas recientemente y dedicadas a este tema, entre ellas: Chistian Comeliau, *Les relations Nord-Sud*, París, La Découverte, 1991, 124 págs. ; Elsa Assidon, *Les théories économiques du développement*, París, La découverte, 1992, 124 págs. ; André Guichaoua, Yves Goussault, *Sciences sociales et développement*, París, Armand Colin, 1993, 190 págs. ; Catherine Choquet, Olivier Dollfus, Étienne Le Roy y Michel Vernières, *État des savoirs sur le développement. Trois décennies de sciences sociales en langue française*, París, Karthala, 1993, 229 págs. ; Luis Baeck, *Post-War Development Theories and Practise*, París, UNESCO y The Interntional Social Science Council, 1993, 139 págs.

² Este pnto de vista ha sido puesto de manifiesto especialmente bien por Marie-Dominique Perro, "Passager clandestin et indispensable du discours: le présupposé » en Gilber Rist, Fabrizio Sabelli (dir.), *Il était une fois le développement....*, Lausana, Éditions d'En Bas, 1986, págs. 71-91.

"subdesarrollado")? ¿Qué diríamos de un antropólogo que, para estudiar la sociedad bambara, hiciera su investigación en la periferia de París, sin ir a Malí, con el pretexto de que, aunque vivan en París, los malienses no pierden su condición de bambara? ¿Qué diríamos de un jurista que, para describir la democracia parlamentaria, se basase únicamente en la forma como se lleva a la práctica en la República Democrática del Congo si, aunque las instituciones congoleñas estén bloqueadas, no se pone en cuestión lo imaginario de su existencia? Se trata de considerar al "desarrollo" como un fenómeno global porque, aunque algunos países se autodenominen "desarrollados", no han dejado de interesarse por su propio "desarrollo". Prueba de ello es que cada vez que se proponen medidas destinadas a mejorar la situación de los más pobres, se apresuran a decir que su éxito está íntimamente ligado a la prosperidad de los más ricos. En la carrera del crecimiento, nadie puede pararse a esperar a quienes progresan más despacio. Se ha pretendido hacer creer que los problemas del "desarrollo" surgieron con la descolonización y afectan en primer lugar a los países del Sur -porque es ahí donde reina la miseria más insoportable-, lo cierto es precisamente lo contrario. En primer lugar, por lo que dice la historia, pero también porque los grandes temas de este debate contemporáneo (el medio ambiente, el reintegro de la deuda, la liberación del comercio internacional) nacen de preocupaciones de los países industrializados.

Por último, la opción por determinados "episodios" de esta historia del "desarrollo". Hemos seleccionado los que nos han parecido más significativos. Sin duda, de forma arbitraria y reservando una parte fundamental a la segunda mitad del siglo XX. Aunque nos pareció indispensable regresar a la Antigüedad, hemos renunciado a tratar los cambios producidos en la Edad Media y sobre todo en el Renacimiento, cuando las conquistas y las colonizaciones –legitimadas por el deber de la evangelización- se combinaban con la aparición, en Europa, de nuevas actitudes respecto al trabajo y al capital. Unas transformaciones importantes, ciertamente, pero cuyas consecuencias –en términos de desigualdades internacionales- no se pusieron de manifiesto plenamente hasta después de la Revolución Industrial. El capítulo dedicado a las empresas coloniales de finales del siglo XIX se ocupa en lo fundamental del caso francés; no porque sea despreciable la parte que ocupan en ella las demás potencias europeas, y en especial la británica, en este intento de dominar el mundo, sino porque el ejemplo de Francia nos ha parecido suficiente para mostrar las similitudes y las diferencias entre este periodo y la "era del desarrollo". Por último, parece evidente que los "textos fundamentales" del periodo contemporáneo no constituyen un conjunto exhaustivo³. Su selección plantea, además, algunos problemas: por ejemplo, el "Punto IV" del presidente Truman que pasó casi desapercibido en su época, ha ejercido una influencia mucho mayor que el Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), en torno al que se hicieron correr ríos de tinta. Pese a ello, el examen de estos documentos muestra un hilo conductor que parece más sólido en la medida en la que no es evidente. En efecto, la originalidad (o la novedad) es la pretensión común de los textos analizados: cada teoría o cada declaración quiere aparecer como la solución por fin descubierta de los "problemas del desarrollo". Sin embargo, observadas más de cerca, se comprueba que las supuestas novedades son simples variaciones sobre el mismo tema que permiten a los distintos actores del desarrollo reafirmar su legitimidad. A la simple obligación de adaptarse a las transformaciones de los medios internacionales se añade la imperiosa necesidad de diferenciarse de las demás teorías o de las demás declaraciones que compiten en el "mercado desarrollo", para dar lustre a los blasones de su linaje intelectual o al de la institución a la que pertenezca. De manera que, utilizando una metáfora, cada uno de estos textos puede considerarse como un elemento del "mosaico del desarrollo": la variación de

³ Véase Gilbert Rist, *Towards a "New" United Nations Development Strategy? Some Major United Nations Resolutions in Perspective*, Nyon (Suiza), International Foundation for development Alternatives (IFDA), 1977, 74 págs. (multicopiado).

formas y de colorido son tanto más oportunas cuando hacen resaltar el dibujo (o la intención) del conjunto. Que se hayan olvidado algunos fragmentos no impide la forma general.

Esto es precisamente lo más útil en una época en la que la imagen parece difuminarse. En materia de "desarrollo", se han vuelto raras las novedades a las que nos habíamos acostumbrado las cinco décadas anteriores. Es un momento propicio para volver a analizar la historia de las ideas y "ponerla a toda plana", tomando la expresión al pie de la letra; es decir, como un fresco o un cuadro en el que aparezcan los distintos elementos que, en su momento, pretendieron ocupar todo el espacio. Y no sería la paradoja menor de esta obra la de recurrir a la historia para plantear una visión sincrónica del "desarrollo".

Empezaremos definiendo pues, cómo debe entenderse la palabra "desarrollo". Aunque todos creamos saber de qué hablamos al utilizarla, el consenso favorable que rodea a este término es el centro de un malentendido que paraliza el debate. Para apelar a su origen, nos hemos interesado por la Antigüedad griega, su reinterpretación cristiana y su transformación durante el Siglo de las Luces a fin de descubrir -bajo la apariencia de continuidad- una novedad radical. Pasaremos más adelante al periodo colonial para mostrar que el control de los territorios del Sur se ha presentado, durante mucho tiempo, con los rasgos de un internacionalismo generoso y que prácticas pretendidamente nuevas tenían una larga historia. Nos plantearémos saber entonces cómo se inventó, por parte del presidente Truman -de una manera tan gratuita como genial- la idea de "subdesarrollo", que ha contribuido a cambiar el curso de la historia. En efecto, siguiendo a Rostow, parece que todas las naciones podrían compartir la abundancia prometida; después, la escuela de la dependencia moderó estas esperanzas señalando las responsabilidades que tienen los países industriales en la miseria de los del Sur. Con la presentación del Nuevo Orden Económico Internacional, se creyó haber encontrado, finalmente, el medio de reducir las desigualdades que separaban a los Estados y, preconizando la satisfacción de las "necesidades fundamentales", se pensó en poner fin a la miseria que agobiaba a las poblaciones de los países más desfavorecidos. Fue entonces cuando se impusieron los problemas de la deuda y del medio ambiente -más urgentes en la medida en la que ponían en causa el sistema financiero y el abastecimiento de los países del Norte-. Al no tener capacidad para resolverlos, se consideró que el "desarrollo" fuese a la vez humano y duradero. Se justificaron tanto en el Norte como en el Sur, las intervenciones humanitarias que han permitido perpetuar un sistema que mantiene y refuerza la exclusión que pretendía eliminar. Por último, el capítulo final mostrará las razones del progresivo abandono del "desarrollo", que sólo sobrevive como un residuo para justificar el proceso de mundialización.

Así es, resumido brevemente, el plan de este libro. Plantea una tesis, basada en una serie de textos que marcaron su época y se presentaron, por turno, como soluciones originales y al tiempo que se inscribían, en el momento de su aparición, en un ámbito de problemas antiguo que ahora es necesario abandonar para poder pensar en el "post-desarrollo". El desafío es tan importante que justifica una demostración minuciosa. De ahí el inevitable recurso a las notas, que se puede omitir si se juzgan excesivas, pero que precisan y contrastan la argumentación.

El texto se redactó durante un permiso científico concedido por el Instituto Universitario de Estudios del Desarrollo de Ginebra. Se benefició de las observaciones, más críticas cuanto más amistosas, que me hicieron mis colegas Marie-Dominique Perrot, Christian Comelieu, Philippe Durand, Serge Latouche, Fabrizio Sabelli y Rolf Steppacher. Gracias a todos, aunque, por supuesto, las ideas que siguen sólo comprometan a su autor.

CONCLUSIÓN

Al final de este recorrido y antes de esbozar algunas propuestas para orientar la reflexión, conviene retomar brevemente, y de forma resumida, algunos de los temas en los que insistimos con más frecuencia en los capítulos anteriores.

En primer lugar, los problemas relacionados con el "desarrollo" se inscriben en lo más profundo del imaginario occidental. Que el crecimiento o el progreso pueden continuar indefinidamente, es una afirmación que distingue de manera radical a la cultura occidental de todas las demás. Esta característica, tan extraña y tan moderna, establece entre los pueblos una fractura cuya importancia va mucho más allá que cualquiera de las que se han forjado a lo largo de la historia para justificar, de manera sociocéntrica, la pretendida superioridad de Occidente (salvajes/civilizados; culturas orales/culturas escritas; sociedades sin historia/sociedades históricas, etc.). Por muchas razones, que evidencian sobre todo el dominio militar, económico y técnico, esta anticipación de un futuro forzosamente mejor en virtud del crecimiento constante de la producción de bienes, se ha extendido en la actualidad por todo el mundo. Sin embargo, la hegemonía del "desarrollo" sólo ha podido establecerse gracias a una forma de ilusionismo semántico: el establecimiento y la difusión de la idea de "subdesarrollo". Rompe con la tradición de la dicotomía y fabrica un "pseudoc contrario", haciendo creer en la posible universalización del modo de producción occidental. La posterior transformación del apelativo "país subdesarrollado" en "país en vías de desarrollo" no ha hecho sino reforzar la ilusión en una prosperidad material generalizada y prometida a todos.

El paradigma del "desarrollo" se ha convertido en una creencia compartida por todos los responsables de los Estados-nación (y, por tanto, por todas las organizaciones internacionales), por la casi totalidad de los tecnócratas de la economía y una parte muy importante de las poblaciones. Es verdad que alguien puede sorprenderse a sí mismo dudando en privado: es la condición de todos los fieles, que no les impedirá, sin embargo, rezar a coro cuando participan en los ritos colectivos. Cualquier creencia se acomoda y se alimenta de esas incertidumbres temporales que no ponen en cuestión el consenso social; por más que haya dudas individuales, piensan que no puede hacerse nada distinto dado que cada uno cree que todo el mundo cree. De esta creencia compartida surge el apremio colectivo, expresado por medio de prácticas obligatorias que refuerzan la adhesión. Así se define el círculo en cuyo interior se inscriben la definición de los problemas y los medios para resolverlos. No hay mucha diferencia entre el creyente que interpreta la enfermedad como consecuencia de una falta hecha, a Dios (o a los antepasados) y hace del perdón el primer paso hacia la curación, y el economista que identifica al paro como una debilidad de la demanda y piensa que la rectificación está en relanzar el crecimiento (y el consumo). En ambos casos, es la hipótesis previa la que establece el credo y determina la respuesta al problema planteado. El mecanismo que establece la credibilidad confirma necesariamente la creencia, dado que no puede ser refutada: nadie puede probar que Dios no existe.

Está en la naturaleza del "desarrollo" poner a disposición de los consumidores una superabundancia de bienes, pero también producir la desigualdad y la exclusión. Todos los documentos dedicados al "desarrollo" son unánimes al afirmar que la diferencia entre el Norte-y el Sur (y también entre los ricos y los pobres de ambas partes) no hace sino crecer. La ceguera que aqueja a aquella reflexión permite actuar como si esta afirmación fuese un "dato", sin más relación con el discurso que la que se deriva de otorgarle legitimación. Pese a todo, lejos de colmar esta brecha, cuya existencia se lamenta de manera ritual, el "desarrollo" no hace sino aumentarla. Si este mecanismo de causalidad acumulativa pasa desapercibido,

no es sólo porque no pueda integrársele en la creencia, sino también porque, cuando se quiere medir el aumento de esa diferencia, el espectacular enriquecimiento de los más favorecidos permite mantener entre los "dejados a su suerte" la esperanza de una posible redistribución. Se aferran tanto más a ella cuando hay signos que se quieren tomar como precursores: algunos excedentes alimentarios se envían a zonas en las que hay malnutrición, o se permite a algunas administraciones arruinadas remunerar a sus empleados; algunas decenas de miles de millares de dólares, distribuidos cada año por los países ricos como "cooperación para el desarrollo". financian infraestructuras útiles para todos, colman déficits presupuestarios o inducen la compra de material militar: algunas ONG movilizan la sociedad civil en los países donantes (sin desprestigiar un complemento de fondos públicos) para otorgar donaciones a las poblaciones desfavorecidas, tomar a su cargo un dispensario, apoyar las iniciativas de una agrupación cooperativa, para apoyar unas instituciones escolares o de crédito popular; algunos acuerdos internacionales han previsto estabilizar los ingresos procedentes de algunas materias primas o permiten entreabrir los mercados de las sociedades industriales; las instituciones financieras conceden préstamos en condiciones de favor y, mediante procedimientos habituales, reescalonan la deuda de los Estados faltos de recurso. Todo lleva a creer que la solidaridad es posible y que el reconocimiento de la existencia de un interés común acabará por imponerse. Aunque la ayuda pública para el "desarrollo" vuelva al circuito económico de los países donantes, aunque saldar los excedentes agrícolas suponga una operación más ventajosa que mantenerlos en stock, aunque los acuerdos de estabilización de los precios de las materias primas no se firmen, ni se respeten por parte de los compradores más importantes, aunque la salvaguarda del sistema monetario y financiero internacional necesite de la inyección de algunos miles de millones para evitar su hundimiento. Lo esencial es mantener la creencia. Toda religión requiere sacrificios. Los griegos, que no eran precisamente necios, hacían dos partes del animal sacrificado: por un lado, los huesos y la grasa que se consumían en honor a la divinidad, y por otro, la carne que era consumida por los hombres.

Se haga lo que se haga, el hastío acaba por hacerse sitio. Es cierto que pueden darse -como en todas las religiones- algunos "milagros", concentrados sobre todo en el Asia del Sureste. Lejos de asustar, los "dragones", grandes o pequeños, suscitan entusiasmo⁴. Se anuncia de manera periódica que "vuelve el crecimiento" cuando los tipos de interés bajan aquí o suben allá, o cuando tal personaje tenido como más ortodoxo que su predecesor accede al poder. Pero, en lo esencial, el escenario no cambia apenas: unos "se desarrollan", mientras otros quedan excluidos. Y mientras, la fractura principal planteada hasta ahora entre el Norte y el Sur, se manifiesta cada vez más en el interior de los Estados-nación, lo que contribuye a hacer menos adecuada la utilización del vocabulario admitido (países ricos, países pobres, Norte, Sur, sociedades industriales, Tercer Mundo) al que hemos debido acomodarnos en este libro. Cada parte asiste, impotente al parecer, a la evolución de la fortuna de la otra, sea ésta buena o mala -las más de las veces según una tendencia irreversible-. Para no tener que reconocer que la generalización del "desarrollo" es imposible, se finge que se la cree lejana, y se entretiene la impaciencia planteando medidas de urgencia. En los países que se consideran ricos, se pueden abrir "restos du coeur"^{*}, adecentar algunas estaciones de metro para los "sin-hogar", proporcionar un "ingreso mínimo de inserción" a los parados que han agotado su prestación, sugerir a los más favorecidos que contraten más servicio doméstico o multiplicar la "asistencia a domicilio". En los países

⁴ Salvo para los que viven allí y pueden comprobar a su costa que el "desarrollo" lleva consigo costes ecológicos importantes. Véase Jean-Claude Pomonti "l'Asie défigurée" *Le Monde*, 17 de junio de 1995.

* "Restaurants du coeur", asociación caritativa fundada en Francia en 1985 por el humorista, y candidato a la presidencia de la República, Coluche. Sus objetivos son atender los pobres, proporcionándole comida, y luchar contra la exclusión social. La red de "restos du coeur" puede contar en la actualidad con más de 2000 locales (N. Del T.).

denominados del Sur, las tareas humanitarias son mucho más arriesgadas. Como ocurre en los naufragios habrá que dar prioridad a los más débiles, a las mujeres y a los niños. Pero habrá que tomar también otras precauciones: hacer que la ayuda humanitaria vaya precedida por militares bien equipados y entrenados, como se hizo en Somalia. No se trata de salvar las almas -cosa que podría llevar su tiempo sino las vidas, lo que está más de acuerdo con el valor que se otorga a la inmediatez, al "tiempo real", a la urgencia. El discurso es evidentemente cínico ¿No es mejor hacer algo que no hacer nada? Ciertamente sí. Y puede añadirse: aunque no sea necesario dejarse engañar por la elección de los "teatros de operaciones", ni por los prejuicios políticos que alimentan la injerencia humanitaria. El horror de Ruanda es insostenible y el dejar hacer injustificable. En otro orden de cosas, este repliegue de los problemas del "desarrollo" - cuyas ventajas debían universalizarse- al terreno de la ayuda humanitaria -destinada a los grupos estigmatizados por la exclusión- constituye uno de los signos más graves de la crisis del "desarrollo".

Como final de esta presentación, ¿no estamos escapándonos a la pregunta de "¿qué hacer?". En efecto, podríamos eludirla remitiéndonos a la complejidad del problema y a la imposibilidad en la que se está de plantear una solución válida urbi et orbe. Ambos argumentos no carecen de fundamento. Si probablemente es inútil intentar demostrar el primero, añadiremos simplemente que habría sido vano insistir en la especificidad occidental de la creencia en el "desarrollo" para llegar a unas propuestas - marcadas necesariamente por ese mismo sesgo - que se pretendieran universales. El respeto a la diversidad cultural prohíbe las generalizaciones. Las formas de vivir una "buena vida" son muchas y corresponde a cada sociedad inventar la suya. Lo que no supone, de ninguna manera, una justificación de las injusticias actuales aceptando que los unos continúen "desarrollándose" mientras que

los otros deberían contentarse con una "pobreza digna", bajo el pretexto falaz de que esto corresponde con sus culturas respectivas. Nos alegre o no (y, ¿por qué no habría de hacerlo?), un cierto número de productos ligados al modo de vida occidental (el teléfono, los antibióticos, los ordenadores, la electricidad, el motor de explosión, etc.) se utilizan en todas partes. Su simple presencia ha transformado las relaciones sociales. Ése ha sido el caso de todas las innovaciones tecnológicas en todas las épocas de la historia, fuesen aceptadas espontáneamente o introducidas por la fuerza. Es verdad que la técnica no ha sido nunca culturalmente neutra, pero tener acceso a la misma técnica no conduce inevitablemente a la homogenización cultural: para convencerse basta comparar entre sí a los países del Norte. El efecto demostración ligado al "desarrollo" es muy real, pero a partir de ahí todas las reinterpretaciones y las reapropiaciones son posibles. Cuando no están "programados" para enriquecer a los "donantes", los numerosos "fracasos del desarrollo" son también el triunfo de la diversidad cultural, aunque no correspondan con las expresiones de "autenticidad" evocadas por los nostálgicos.

Sin embargo, aunque no queramos hablar en nombre de los otros, la pregunta sigue ahí: "¿qué hacer?". Hay, según parece, tres vías posibles que si no compiten entre sí - porque implican a actores distintos-, tampoco son necesariamente coherentes y pueden conducir en direcciones distintas. Comparten, no obstante, la oposición al funcionamiento del sistema actual.

La primera es la adoptada por Christian Comeliau⁵. Tras haber expuesto de manera convincente las raíces del "desarrollo" en los valores occidentales y también que la generalización del modelo dominante es "a la vez obligatoria e imposible"⁶ acaba proponiendo una serie de medidas de las que mencionaremos sólo las más importantes,

⁵ Christian Comeliau, *Les relations Nord-Sud*, París, La Découverte, 1991, 124 págs.

⁶ *Ibid.*, pág. 49.

resumiéndolas de manera excesivamente simplificadora: el crecimiento sigue siendo un objetivo legítimo puesto que es necesario para que mejoren las condiciones de vida de los países a los que llamamos pobres, conviene, sin embargo, controlar su estructura favoreciendo la producción de bienes que se tienen por prioritarios; puede optarse por continuar con el endeudamiento siempre que los créditos concedidos tengan garantía de devolución; la integración de las economías de los países del Sur en el sistema mundial debería ser selectiva teniendo en cuenta las ventajas que cada uno puede obtener, en lugar de aceptar sin precauciones el principio de libertad de comercio; los acuerdos internacionales sobre materias primas deberían permitir una estabilización de los precios favorable a todas las partes, a través de un fondo común eficaz; y, por último, las empresas multinacionales deberían aceptar la transferencia de sus tecnologías a los países del Sur, cuando estos las demanden, sin que se abandone pese a ello la búsqueda de tecnologías adecuadas.

Es una aproximación seductora que se basa en una crítica de la hegemonía de la economía productivista y de mercado, que se presenta como una panacea pese a no tener otra finalidad que su expansión indefinida y que, por esto, provoca la exclusión de quienes no pueden participar en ella. Se trata además de una reflexión seria sobre los valores y sobre una concepción de la solidaridad que prescinde afortunadamente del carácter impreciso que rodea habitualmente a esta idea, y la define como una situación objetiva que obliga a todos los miembros del grupo a cooperar para resolver el problema planteado⁷. Todo ello debería tener consecuencias concretas, en especial en los ámbitos de la desigualdad internacional, de la paz, del derecho y del medio ambiente. De ella derivan, en efecto, unas propuestas aparentemente "responsables" y "razonables", que permitirían avanzar en la buena dirección sin exigir previamente una transformación completa del sistema. Sin duda es importante recordar que existen medidas que podrían tomarse de manera inmediata y que supondrían una mejora sustancial de las condiciones de vida de las poblaciones. Corremos el riesgo de olvidarlo, debido a los desengaños o al desánimo. Pero el realismo obliga a preguntarse: ¿cuál es el verdadero alcance de un discurso normativo? Más precisamente, ¿quiénes son los actores concretos que tienen la capacidad de convertirlo en hechos? ¿Cómo ignorar que, al margen de las buenas intenciones que no dejan de proclamar, todos los jugadores mienten? La razón es impotente dado que la cuestión es política: los que tienen el poder no tienen interés en el cambio (pese a que digan lo contrario) y los que quieren el cambio no tienen medios para imponerlo. A esto se añade que el sentido del tiempo de los personajes políticos (condicionado por la próxima elección o el temor a un golpe de Estado) es incompatible con la persecución de objetivos a largo plazo. Ciertamente, hay que intentar percibir los fenómenos de manera global, comprender las interrelaciones, identificar los distintos elementos que forman parte del sistema. Pero, una vez hecho, ¿es posible plantear soluciones que sean también globales? Ahí está el límite de todas las estrategias internacionales. Se esfuerzan, en nombre del interés general, en convencer a unos actores a los que no mueve más que el interés particular. La actuación entra en la lógica de una economía no mercantil. Pero exige también un poder de arbitraje que remate el sistema: ¿lo que es posible en el ámbito local o nacional, lo es también en el plano mundial? Se trata de una apuesta decisiva, no hay nada que esperar para emprenderla, ni tener éxito para perseverar en ella.

La segunda forma de responder a la pregunta se inspira en las prácticas de algunos movimientos sociales del Sur que han renunciado a esperar nada de la buena voluntad de los poderosos y que no creen ni en la ayuda, ni en la cooperación internacional. Se organizan, entre ellos inventando nuevas formas de lazos sociales y nuevas maneras de asegurar su

⁷ *Ibid.*, pág. 91.

existencia⁸. La diversidad de sus formas de inserción social y geográfica hace difícil una verdadera síntesis de su posición. Puede afirmarse, sin embargo, que todos comparten la afirmación siguiente: en el curso de las últimas décadas, todas las medidas que se han tomado en nombre del "desarrollo" han conducido a la expropiación material y cultural. Su fracaso ha sido de tal calibre que es inútil querer perseverar en esta vía. Los resultados serán el crecimiento de la pobreza y la desigualdad. En consecuencia, la tarea principal consiste en devolver la autonomía política, económica y social a las sociedades marginadas. A partir de aquí, no manifiestan esperanza alguna en los intercambios internacionales y no esperan gran cosa del Estado, salvo que se abstenga de reprimir las iniciativas tomadas por los grupos de base. Lo importante es la reconquista del derecho de cada sociedad a organizar su existencia conforme a sus propias ideas, al margen del sistema vigente, limitando el papel de lo económico, renunciando a la acumulación de bienes materiales, favoreciendo la creatividad y asegurándose que las decisiones las tomen aquellos que están directamente implicados. Se trata, por tanto, a pesar del "desarrollo", de organizarse para inventar nuevos modos de vida, situados entre una modernización en la que se sufre aunque proporcione algunas ventajas y una tradición en la que es posible inspirarse aun sabiendo que será imposible hacerla revivir⁹.

Naturalmente, estos movimientos son minoritarios, pero no carecen de importancia. Para no tomar más que tres ejemplos, el movimiento Swadhyaya, en la India, ha reunido a 300.000 miembros en un solo acto y, en los pueblos en los que tienen influencia, el estilo de vida ha cambiado radicalmente. Gustavo Esteva cuenta cómo en México, 400 asociaciones que agrupan medio millón de personas se esfuerzan en "regenerar su espacio local" y en África del Oeste existen movimientos que se dispersan por muchos poblados con el único objeto de compartir experiencias que hayan tenido éxito¹⁰. En contra de lo que se pudiera creer, no se trata en este caso de activismo, ni de llevar a cabo actividades que aporten "soluciones ingeniosas": al contrario, todas estas experiencias tienen en común estar basadas en un cambio importante en la forma de contemplarse a sí mismos y al mundo o, para decirlo de otra forma, en un vuelco epistemológico. Como dice Emmanuel Ndione¹¹ citando un proverbio africano: "Eres pobre porque miras lo que no tienes. Mira lo que posees, mira lo que eres y descubrirás que eres muy rico". Este comportamiento no deja de recordar a aquellos negros que, no hace mucho, hartos de verse denigrados proclamaron con firmeza: *black is beautiful*. De la misma forma, muchos otros excluidos reivindican actualmente su exclusión y hacen de ella la condición de su autonomía.

En todos los casos, dado que cambian las claves de la interpretación, la realidad se siente transformada. No por arte de magia, sino por la ruptura con el sistema dominante al que se deja de considerar un modelo o un paradigma que habría que adoptar a cualquier precio; de golpe se acaba la frustración que provocaba la imposible imitación de un supuesto ideal alienante y las energías que se movilizaban para conseguirlo pueden invertirse en una nueva tarea: el redescubrimiento por parte de cada uno de su propia ley. Lo importante no es lo que pasa en la cabeza de las gentes, sino las prácticas que se derivan de ello. Aquellos que permanecen prisioneros del "desarrollo" -y que miden todo por el rasero de la renta per

⁸ Véase Gilbert Rist, Majid Rahnema y Gustavo Esteva, *Le Nord perdu*, Lausana, Éditions d'En Bas, 1992, 175 págs. (que incluye una bibliografía completa de artículos y de obras de dedicadas a esta perspectiva). Puede volverse también, más arriba, a las observaciones hechas al final del capítulo 8, dedicado a la autonomía social.

⁹ Véase también Alfredo L. de Romaña, "L'économie autonome. Une alternative sociale en émergence", *Interculture* (Montreal), 22 (3 y 4), verano-otoño 1989, cuadernos 104 y 105, 210 págs.

¹⁰ Véase Majid Rahnema, "Swadhyaya: The Unknown, the Peace-ful, the Silent yet Singing, Revolution of India", *IFDA Dossier*, 75-76, enero-abril 1990, págs. 19-34; Gustavo Esteva, "Regenerating People's Space", *Alternatives*, 12, 1987, págs 125-132; Emmanuel S. Ndione, *Réinventer le présent* Quelques jalons por l'action, Dakar, ENDA GRAF Shael, 1994, 126 págs.

¹¹ Op. Cit. pág 37.

cápita- harán notar que, pese a todo, la pobreza material no ha sido eliminada. Para quienes participan en este tipo de experiencias lo cierto es lo contrario. Porque, muy pronto, la confianza en sí mismos quita trabas a la iniciativa, la reconstrucción de los lazos sociales implica la de la solidaridad, la insumisión frente los antiguos poderes hace aparecer posibilidades nuevas no sólo de salir de las dificultades, sino también de adquirir nuevos recursos. Por esta razón no hay que despreciar a los numerosos movimientos sociales que, en grados diversos y en sitios muy distintos, comparten esta nueva visión del mundo¹². Aunque no aparezcan en los medios de comunicación, e incluso si sus experiencias no son objeto de declaraciones internacionales, esto no les impide existir y multiplicarse. Es cierto que estos múltiples rechazos al "desarrollo" no constituyen una "teoría" que pueda enfrentarse a otras o que pudiera pensarse en exportar a otros sitios. Pese al número de personas implicadas en estas experiencias, permanecen como hechos "locales", adaptados a sus contextos específicos, aunque el cambio que provocan sea real. ¿Debemos concluir que la imposible transformación de las estructuras internacionales nos obliga a preferir las iniciativas que plantean los excluidos del "desarrollo"?

Queda una tercera forma de responder a la pregunta. Si rechazamos situarnos únicamente en el nivel de las relaciones internacionales, si nos prohibimos hablar en nombre de los otros y si tomamos en serio la inserción del "desarrollo" en la cultura occidental, es necesario entonces poner en cuestión los conceptos -y en especial los presupuestos económicos- en los que se basa esa idea y plantear otros. Una acción radical en el sentido de plantear el problema en su raíz para hacer la crítica del imaginario económico. La dificultad principal está aquí: ¿cómo hacer que salte la estructura religiosa que protege al "desarrollo"? ¿Cómo desbaratar los mecanismos de autoinmunización al abrigo de los cuales se ha construido el razonamiento de la economía dominante? La "carga mítica" que sobredetermina positivamente la idea del crecimiento ¿no es demasiado poderosa para que pueda hacerse caso omiso de ella?

Sin embargo, incluso los autores menos inclinados a poner en cuestión las premisas occidentales del "desarrollo" se ven obligados a reconocerlo: "La teorización del post-desarrollo es actualmente, con toda certeza, la tarea fundamental"¹³. De esta forma, en paralelo con la abundancia de experiencias disidentes que tienen lugar en el Sur, existe, aunque parezca imposible, un desafío teórico en torno al cual debe organizarse la investigación. Sobre este punto, el acuerdo es fácil; es más difícil de lograr, sin embargo, cuando se trata de definir el marco de esta investigación. En efecto, es difícil tanto si se considera -con la mayoría de los economistas- que la seriedad de sus conclusiones debe garantizarse recurriendo a conceptos y a modelos planteados por la "ciencia normal" y, se corra el riesgo entonces de no descubrir nada nuevo, o si se empieza por relativizar la pertinencia de la "ciencia normal" -basándose especialmente en la historia y en la antropología- y nos exponemos entonces a que se nos reproche ligereza científica. Existen, sin embargo, varias razones para escoger el segundo término de la alternativa. De entrada, las "anomalías" de la "ciencia normal" son demasiado numerosas para considerarlas

¹² Estos movimientos sociales se dan también en Europa, entre ellos los que han puesto en pie los SEL (Services d'échange libres; en inglés LETS: *Local Exchange Trade System*). Por medio de la creación de 'moneda ficticia' (cuya acumulación carece de sentido) intentan escapar al mercado reconstruyendo una "economía de las donaciones" administrada colectivamente.

¹³ André Guichaoua, Yves Goussault, *Sciences sociales et développement*, París, Armand Colin, 1993, pág. 151. Los autores critican explícitamente las tesis planteadas por Serge Latouche, Hassan Zoual, François Partant (y harían sin duda lo mismo con las de Gustavo Esteva, Ashis Nandy y Majid Rahnema) reprachindoles entre otras cosas, falta de profundidad teórica. Puede encontrarse un vigoroso alegato en favor del "post-desarrollo" en Arturo Escobar, *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton, Princeton University Press, 1995, 290 págs.

despreciables¹⁴; no se puede denunciar a la vez la "crisis de los estudios del desarrollo" y continuar reflexionando dentro de un paradigma carente de impulso. La "ligereza científica" no está donde se cree sino del lado de quienes perseveran en el uso de conceptos actualmente superados¹⁵. Que las resistencias que se generan (también "normales") sean importantes no cambia nada la situación. Sin embargo, como dice Paul Feyerabend, sólo puede hacerse avanzar la ciencia elaborando hipótesis que no correspondan ni con las teorías ni con los "hechos" que se consideran establecidos, o más aún -y de manera provocadora- "nos hace falta un mundo onírico para descubrir las características del mundo real que creemos habitar"¹⁶. Además, nada obliga a dejarse intimidar por el terrorismo de quienes identifican la ciencia con la verdad. Después de todo, "sólo los científicos creen que los demás creen en algo, como ellos lo hacen en la ciencia"¹⁷. Dicho de otra forma, la "ciencia" no es ni más cierta, ni más absurda que cualquier otra creencia; es en sí misma, una producción social que varía con el tiempo y no puede obtener ventaja del privilegio de la infalibilidad.

El momento de concluir esta obra no parece el más adecuado para elaborar los detalles de tal programa de investigación. Pueden esbozarse, todo lo más, unas pocas líneas directrices suficientes para mostrar que lo que habría que hacer, a partir de ahora, no se reduce a multiplicar las acciones en favor de los más desfavorecidos (lo que tampoco quiere decir que debieran cesar), ni en imaginar nuevas reglas que rigieran el "orden mundial" (lo que tampoco impide reflexionar sobre ellas). Conviene, en primer lugar, tomar distancia respecto a la creencia en el "desarrollo", para que puedan aparecer las múltiples formas en las que disimula sus contradicciones. Esta tarea fundamental de "disolución de la creencia" no puede confiarse a los economistas que viven de ella, pero sí a la historia y a la antropología comparada que permiten relativizar las distintas formas de racionalidad arrojando luz sobre sus lazos históricos con el ejercicio del poder. Es necesario después -y algunos economistas están ya dedicados a ello- poner en cuestión algunas "evidencias" que forman parte del discurso ordinario de la disciplina como, por ejemplo, la idea de "circuito económico" (que se inscribe en el paradigma mecanicista del equilibrio, ignorando los fenómenos de destrucción irreversible ligados a la producción) o el de "utilidad" que sirve de legitimación a numerosos razonamientos circulares (dado que siempre es posible mostrar, *a posteriori*, que tal actor tenía interés en hacer lo que ha hecho, incluso cuando se muestra altruista). En tercer lugar, es necesario estudiar los fenómenos de intercambio, construyendo modelos explicativos distintos al hegemónico, de mercado, que se basa en un precio caracterizado por la equivalencia y la forma instantánea de las prestaciones y excluyendo por definición los fenómenos (cualitativa y cuantitativamente importantes) de la donación y la contradonación. Es necesario, por último, imaginar una economía generalizada, capaz a la vez de incluir factores considerados "no económicos" (el prestigio, el gasto improductivo) y de distinguir entre los distintos modos (histórica y culturalmente determinados) de definición, de producción y de apropiación de la riqueza. Esta lista no es exhaustiva. No constituye tampoco

¹⁴ Sobre los conceptos de "ciencia normal" y "anomalía" véase Thamas Kuhn. *La structure des révolutions scientifiques*, París, Flammarion, 1983, [1962, 1970], 284 págs. [*La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, 1975].

¹⁵ Un profesor de macroeconomía, y también director de un instituto de gestión bancaria y financiera (del que por caridad no damos el nombre), decía recientemente: "la enseñanza de esta disciplina [la macroeconomía] es de entrada problemática: disponemos, por una parte, de una teoría operativa pero superada y, por otra, de una teoría más satisfactoria pero parcial que, bajo muchos aspectos, pertenece todavía al ámbito de la investigación fundamental. En la enseñanza al menos hasta la licenciatura, exponemos la teoría antigua y presentamos fragmentos de la nueva. Esto no tiene consecuencias importantes porque son pocos los estudiantes que utilizarán estas herramientas de manera regular". Más adelante dice que el modelo keynesiano de base es "una herramienta nacida de la teoría antigua, muy práctica y que conocen todos los economistas. Además, es de una utilización fácil, lo que es una ventaja a la hora de enseñarla" (suplemento del *Jornal de Genève* de 29 de mayo de 1995, pág. 37).

¹⁶ Paul Feyerabend, *Contre la méthode. Esquisse d'une théorie anarchiste de la connaissance*, París, La Seuil, 1979, [1975] pág. 29 [*Tratado contra el método*, Madrid, Tecnos, 1981].

¹⁷ Bruno Latour, *Quand les anges deviennent de bien mauvaise messagers*, Terrain, 14, marzo 1990, pág. 76.

un programa. Permite, sin embargo, identificar algunos temas (no todos nuevos) a partir de los cuales deberían poderse conceptualizar de otro modo los múltiples objetivos que persiguen los hombres cuando producen, destruyen, intercambian, consumen y derrochan.

Hemos planteado tres respuestas a la pregunta "¿qué hacer?". La primera se plantea administrar sin ilusiones un sistema que sabe perverso. Dado que no se puede permanecer de brazos cruzados ante la miseria del mundo, conviene definir, sobre la base de valores explícitos, unos objetivos generales que intentarán alcanzarse modificando a su favor, en la medida de lo posible, unas tendencias que le son contrarias. Renuncia a afrontar el inmenso problema que supone pasar de la norma a su aplicación. La segunda consiste en apostar por los aspectos positivos de la exclusión. Por ella, los marginados van a hacer de la necesidad virtud e intentar que gire en su beneficio la prohibición que les impide acceder al botín del desarrollo. De lo peor puede nacer lo mejor. La apuesta es osada porque las condiciones para realizarla son incontrolables. Y, sin embargo, los testimonios coinciden: hay sitios donde esto no sólo es posible, sino que se ha conseguido. Si el "desarrollo" propone esperanza, el rechazo al "desarrollo" produce nuevas riquezas. La tercera, por último, se aparta de las experiencias históricas y se inclina por la teoría. No por el placer de la especulación, sino para superar el pensamiento circular de la creencia. Para rechazar los planteamientos del "desarrollo", hay que proceder a una crítica externa que no se desoriente ante las apariencias científicas, ni ante el sentido común.

Estas tres respuestas no tienen el mismo origen y su grado de adecuación cambia según los lugares y los contextos. Tienen en común que suponen estrategias de trasgresión. Es siempre sacrílego discutir la creencia mayoritaria y no plegarse a los comportamientos obligatorios que lleva consigo. Unas veces combatiendo la hegemonía del mercado en nombre de la lógica no mercantil, otras apartando la mirada de las ilusiones del "desarrollo" para imaginar otras formas de vida, otras luchando contra el predominio de paradigmas económicos superados. En los tres casos, se trata de preparar el "post-desarrollo", que no debería confundirse con el "anti-desarrollo". Querer hacer algo distinto de lo hecho hasta ahora no quiere decir que se haga lo contrario. ¡Sería demasiado simple! La historia muestra que el "desarrollo" es un invento reciente. Si el mundo ha podido vivir sin él durante mucho tiempo, es legítimo pensar que la vida continuará cuando desaparezca. ¿No es preferible la incertidumbre del mundo futuro a la certeza de los errores, pasados y presentes?

FUENTE: Rist, G., *El desarrollo: historia de una creencia occidental*, Los libros de la Catarata, 2002, Madrid, págs. 13 – 18, 273 - 284. © Los libros de la Catarata.